

LA FLORESTA ANDALUZA,

DIARIO DE LITERATURA Y ARTES.

NUMERO 4.

SEVILLA, MARTES 4 DE ABRIL DE 1843.

PRIMERA SERIE.

Sección primera.

SEVILLA.

ARTICULO SEGUNDO.

Sevilla no es una ciudad de panorama; una de aquellas poblaciones, que situadas á manera de anfiteatro sobre la falda de un monte ó á la lumbre del agua, descubren al viagero sus desnudas formas de repente y sin velo. Mas modesta la reina de Andalucía, muestra con pudor su belleza en la plana margen de un rio; y semejante al gabinete de un anticuario esconde en reducido y poco ordenado recinto los tesoros del arte antiguo y las venerandas ruinas de otros tiempos. Matrona romana noble y grave; odalisca graciosa y ligera de morisco harem; dama altanera de los feudales tiempos, y equívoca virtud de los presentes, tiene en la forma y en el fondo algo de gentil y mulsuman, de gótico y cristiano, de caballeresco y devoto, de marcial y afeminado. Heredera de pueblos y de reyes famosos ostenta ufana sus reliquias, como prenda de pasados amores. César la ciñó con un muro temiendo acaso su infidelidad; el árabe galante, esplendoroso y lascivo, colocó en su seno el alcázar, como un beso oriental, perfumado y ardiente: san Fernando partiendo entre Dios y ella su herencia, dejó, como

cristiano, á Dios el alma; á ella, como fiel y valeroso caballero, el cuerpo y la espada: suyos son los huesos de aquel D. Pedro, cuyos abrazos criminales dejaron con frecuencia en su regazo una huella de sangre: suyos tambien los del mas sábio de sus reyes; y la religion misma, anhelando su conquista, le hizo don del templo famoso, que como un heraldo del cielo amonesta sin cesar á la voluble y muelle cortesana.

Si por lo que toca á la arqueología es Sevilla un libro abierto, de gran provecho para el historiador y el anticuario, en punto á tradiciones puede con razon ser llamada un copioso romancero. Aquí cada puerta, calle ó sitio tiene su leyenda: los árboles, las fuentes, los arroyos tienen sus historias: de cada piedra surge una conseja; y la imaginacion fecunda, atrevida y poética del pueblo, nutrida con ellas, las evoca como fantasmas de otros tiempos y otros mundos. El amigo de la antigüedad; el hombre á quien Dios hizo el funesto presente de un alma sensible; el que disgustado de la pequeñez y miseria de lo presente, busca inspiracion, fú y poesia en la grandeza y magestad de lo pasado; ó el que, dedicado concienzudamente á los graves estudios, gusta de escribir la vida de los pueblos sobre el sepulcro de sus generaciones; esos, decimos, hallan en los recuerdos populares de Sevilla, pasto para la imaginacion, sentimientos para el alma, consejos para el juicio, y para el saber lecciones. A la voz poderosa de la imaginacion, de la melancolia ó de la ciencia, que puede, como la de Cristo, resucitar á los muertos, pueblanse sus ruinas, hablan como los

de Armida sus árboles, conviértense en hombres como las de Deucalion sus piedras, y en confuso tropel iberos y romanos, árabes y godos, siervos y hombres libres se presentan á contar su varia historia. ¿Qué fué del vencedor, qué del vencido? ¿Qué del águila altanera, que colocada entre el cielo y la tierra cubría á un tiempo con sus alas la ciudad de Julio César y la que sirvió de cuna al gran Tránsito? Y el moro enamorado y valeroso ¿qué su hizo? Tanto caballero de noble alcurnia tantos donceles y hermosas damas, ¿qué se hicieron? Y el pensamiento embebecido pasa encantado de la fábula á la historia, de la tradicion oral á la escrita; del campo romano al aduar patriarcal; de la cimitarra del árabe á la espada y de Mahoma á Cristo. Sevilla vive en lo pasado y en lo presente: un pueblo de sombras se mezcla por dó quiera y sin cesar al pueblo, que aun no ha muerto, y para conocerla dignamente es preciso leer sus anales, oír y aprender sus canciones, escuchar sus consejos, sentir por decirlo así, la respiracion de su tierra y de sus tumbas.

Este dualismo se manifiesta igualmente que en el espíritu y forma de la poblacion, en el espíritu y espresion de las costumbres. Sevilla es un pueblo doble, compuesto de personas y de costumbres orientales, y de personas y costumbres europeas: pueblo bifronte, con un rostro parece que mira la cuna de sus padres allá en la tierra poética de las palmeras y las fuentes, y con otro ese tálamo adulterino y sangriento, en que se confundieron el romano, el vándalo y el godo. El arado mahometano hizo un surco profundo en esa tierra blanda á la par que fecunda; y la semilla, nutrida con amor por ella, ofreció al cultivador opimos frutos. En vano azotaron despues recios vendabales esos campos queridos del sensualislamita: en vano la segur envidiosa y desapiadada de otras razas quiso á un tiempo cortar los tallos y el renuevo: en vano la sociedad moderna, con sus oleadas de oro y plata, sumerge cada dia en nombre de la unidad y de los intereses materiales esos recuerdos, tradiciones y costumbres, que aun se conservan, como deliciosos oasis en medio de la árida sequedad de nuestra vida monótona y prosaica. Su terrible nivel no ha igualado y confundido aun junto con la forma la esencia, junto con los meros accidentes los principios radicales, junto con los vestidos la sangre; y la raza mora, rehusando el lecho extranjero, vive y medra sola, como la hebreá, en medio de razas enemigas. Diríase al-verla tan pura todavia, cuando á tal distancia de su origen, que semejante al dátil de su antigua patria recibe la fecundacion de otro dátil, que en ella crece para perpetuar su vida.

R. M. BARALT.

Sección segunda.

AGRICULTURA ENTRE LOS ANTIGUOS.

ARTICULO SEGUNDO.

DE LOS PAISES MAS SEÑALADOS POR SU FERACIDAD.

Los países mas famosos por la abundancia de trigo fueron Trácia, Cerdeña, Sicilia, Egipto y Africa.

Aténas sacaba todos los años de Bizancio ciudad de Trácia, que hoy es Constantino-pla, cuatrocientos mil médimos de trigo; y como este país abastecía á otros muchos considerablemente, puede formarse de aquí la idea de su prodigiosa fertilidad.

Caton el censor, á quien la rigidez de sus costumbres dió el sobrenombre de sábio, llamaba á Sicilia el granero del pueblo romano; y en efecto de allí estraía Roma casi todo el trigo, que habia menester tanto para la manutencion de sus ciudadanos, como para el consumo de sus ejércitos: léese tambien en Tito-Livio que Cerdeña abasteció de trigo á los romanos con admirable profusion.

Las tierras de Egipto, regadas por el Nilo, cuyas inundaciones daban grande impulso á la labranza, fueron tambien célebres por su abundosa fertilidad. Cuando Augusto redujo este reino á provincia romana, puso un particular esmero en franquear el curso de los canales y de las corrientes de este rio bienhechor, que se habian poco á poco llenado de lima por la negligencia de los reyes de Egipto, y mandó que las tropas romanas, que allí se encontraban, llevasen á cabo semejante obra. Casi todos los años salian para Roma mas de tres millones de médimos de trigo: sin este auxilio estaba espuesta la capital del mundo á grandes calamidades. Bajo el imperio de Augusto vióse reducida al mayor extremo, no quedando en la ciudad mas trigo que para tres

días; y este príncipe amante de su pueblo, habia resuelto poner término á su vida si las flotas que esperaba, no llegaban antes de que espirase este corto plazo. Llegaron, al fin, oportunamente y se atribuyó la salvacion del pueblo á la fortuna del príncipe.

Africa no cedia á Egipto en su fertilidad: cuéntase que en una de sus provincias producía algunas veces un solo grano de trigo cerca de cuatrocientas espigas, como se acredita por las cartas dirigidas sobre este asunto á Augusto y á Neron por los que en su nombre gobernaban aquel pais. Parece esto muy extraño á primera vista; pero el mismo Plinio, que refiere este hecho asegura, que era comun en Beocia y en Egipto que produjese un grano cien espigas; y por esto alaba la sabiduria de la providencia, que ha dispuesto que de todas las plantas fuese la mas fecunda la que destinaba al alimento del hombre.

Hemos dicho ya que Roma hacía casi siempre la estraccion de trigos de Sicilia y Cerdeña. Cuando abatió despues á la poderosa Cartago y á Alejandria, Africa, y Egipto llegaron á ser sus mas abundantes graneros. Cada año partian de estos paises numerosas flotas cargadas de trigo para sustento del pueblo, señor del universo; y cuando la recoleccion faltaba en alguna de estas provincias, la otra venia en su ayuda y abastecía la capital del mundo. Cuando se trasladó á Constantinopla la silla del imperio, reinaba un orden maravilloso en estas dos ciudades para el consumo del inmenso pueblo, que las habitaba. El emperador Constantino mandaba distribuir cada dia en Constantinopla tres mil *médimos* de trigo, que llevaban de Alejandria, para alimentar á seiscientos cuarenta mil hombres, que encerraba en sus muros; y cuando murió el emperador Séptimo Severo, existía en Roma en los graneros públicos trigo para siete años, lo que basta para probar la necesidad en que se veían de hacer estos acopios.

Usaban los antiguos de diferentes medios para trillar el trigo, sirviéndose de carros armados de puntas ó empleando caballos en esta faena, como se practica aun en muchas partes.

Tambien se valian de distintos medios para guardar mucho tiempo el trigo, sobre todo encerrándolo con las espigas en cuevas subterráneas, donde lo rodeaban por todos lados de paja para precaverlo de la humedad, cerrando despues con gran cuidado la entrada, con el objeto de que no pudiese penetrar el aire. Varron afirma que el trigo se conservaba asi por espacio de cincuenta años.

L. de O.

Seccion tercera.

CIENCIAS NATURALES.

El Calórico.

El origen del calórico, rigurosamente hablando, puede creerse que es el sol, como el único manantial, por donde se transmite continuamente á la tierra; pero sin embargo, como el estudio de los diversos cuerpos de la naturaleza pone en claro que se verifica su desprendimiento por muchas circunstancias, miramos igualmente como fuente ú origen del calórico á la combustion; lo cual se experimenta al acercarnos al fuego. Tambien las combinaciones químicas, la percusion, la frotacion, y la electricidad nos suministran continuamente cantidades de calórico, que están en razon directa del tiempo, que permanece sobre el horizonte. Estos rayos caloríficos pueden ser concentrados por el foco de un lente, y desenvolver tal grado de calor, que exceda al mayor, que pueda encontrarse en nuestros hornos: esto es lo ménos que se ha observado con el lente de Tahirn-Hausen. Las otras fuentes del calórico se hallan esplicadas en muchos escritos relativos á este fluido. Cuando queremos denotar la sustraccion ó adiccion de calórico en los cuerpos, lo espresamos con las palabras, *disminucion* ó *elevacion* de tem-

peratura, la cual se mide por los termómetros ó pirómetros. Llámense grados de *frio* todos los que se hallan por bajo de cero, y de *calor* los que se hallan por cima. Siendo muy difícil determinar perfectamente lo que se debe entender por temperatura, nos contentamos con la acepcion general, que dá este nombre al efecto, que producen los cuerpos sobre el termómetro; por manera que el nombre de grados de frio ó de calor es sinónimo del de grados de disminucion ó elevacion de temperatura. En una palabra, la temperatura de los cuerpos es el grado de calor sensible, que puede ser medido por el termómetro ó pirómetro.

Vamos, pues, á manifestar las relaciones del calórico con la vida. La mayor parte de los filósofos lo miran como su causa inmediata; y en efecto, cuando las funciones vitales cesan, cesa tambien la respiracion, el origen del calórico se estingue, y el cuerpo se enfria poco á poco. Abolido el principio de la vida, motor general de todas las funciones mecánicas y químicas del cuerpo, en vano se introducirá aire en el pecho; porque ya no sufrirá este ninguna alteracion. Los fluidos y sólidos dejan de ser animados y tienden desde luego á su descomposicion. Los químicos modernos habian creido que el calor humano era producido por la fijacion de una parte del oxígeno, mediante la respiracion; pero al presente se ha demostrado que el calórico debido á esta fijacion es inferior al que se desenvuelve al mismo tiempo en el cuerpo humano.

Se ha discurrido mucho sobre las palabras principio vital, funciones vitales &c.; pero el supremo Hacedor ha cubierto con un denso velo los fenómenos de la vida, á los cuales atribuimos una parte del calor animal y todas las hipótesis de los mecánicos, orgánicos y químicos han tenido mal éxito, cuando se ha tratado de explicar la causa, que produce estas funciones de otro modo que por el sople *divino*, con que el Criador animó al hombre, y que espresaremos con el nombre de *principio, fuerza ó potencia vital*. Todos han convenido en dar el nombre de calor animal ó calor orgánico

al producido par esta fuerza ó potencia, reservando el de la temperatura propia á la que este mismo calórico desenvuelve y conserva en los seres organizados.

El calor animal es habitualmente de 36 á 37 del centígrado, cualquiera que sea el grado de temperatura, á que el cuerpo esté espuesto, como se observa tanto en los que habitan los helados pueblos del norte, como en los que moran en un clima abrasador. Todo el calórico, que se desenvuelve en el cuerpo humano se no emplea para sostener el calor animal; porque una parte se evapora por la transpiracion pulmonal, como el que seria necesario para elevar 4000 granos, y 622 milimas de agua á 100.

Si se espusiese al hombre á una temperatura muy baja, la pérdida del calórico, que sufriría su cuerpo, debería ser tal, que no guardando proporcion con la que se desenvuelve por medio de las funciones vitales, moriría inevitablemente, como por desgracia hemos visto muchas veces. Para ponerse el calórico en equilibrio con los demas cuerpos, atraviesa rápidamente nuestros órganos y se subtrae en gran cantidad, produciendo una sensacion de ardor y una inflamacion tal que inmediatamente se pierde el órgano que ha sufrido este enfriamiento: esto mismo se ha observado entre los soldados en las últimas guerras del norte. Podemos precavernos de esta accion del frio, deteniendo la pérdida del calórico, por medio de cuerpos, que sean malos conductores, y veáse aquí porque las telas de lana, seda, algodón, &c. mantienen, como se dice vulgarmente caliente el cuerpo.

Basta por hoy de una materia, que es susceptible de largos discursos, limitándonos á remitir á nuestros lectores á consultar el *Tratado de química de M. Thenard, su diccionario de ciencias médicas* y el de M. Pelletan, cuyas doctrinas hemos seguido en este artículo.

JOSE MARTINEZ DE GATICA.